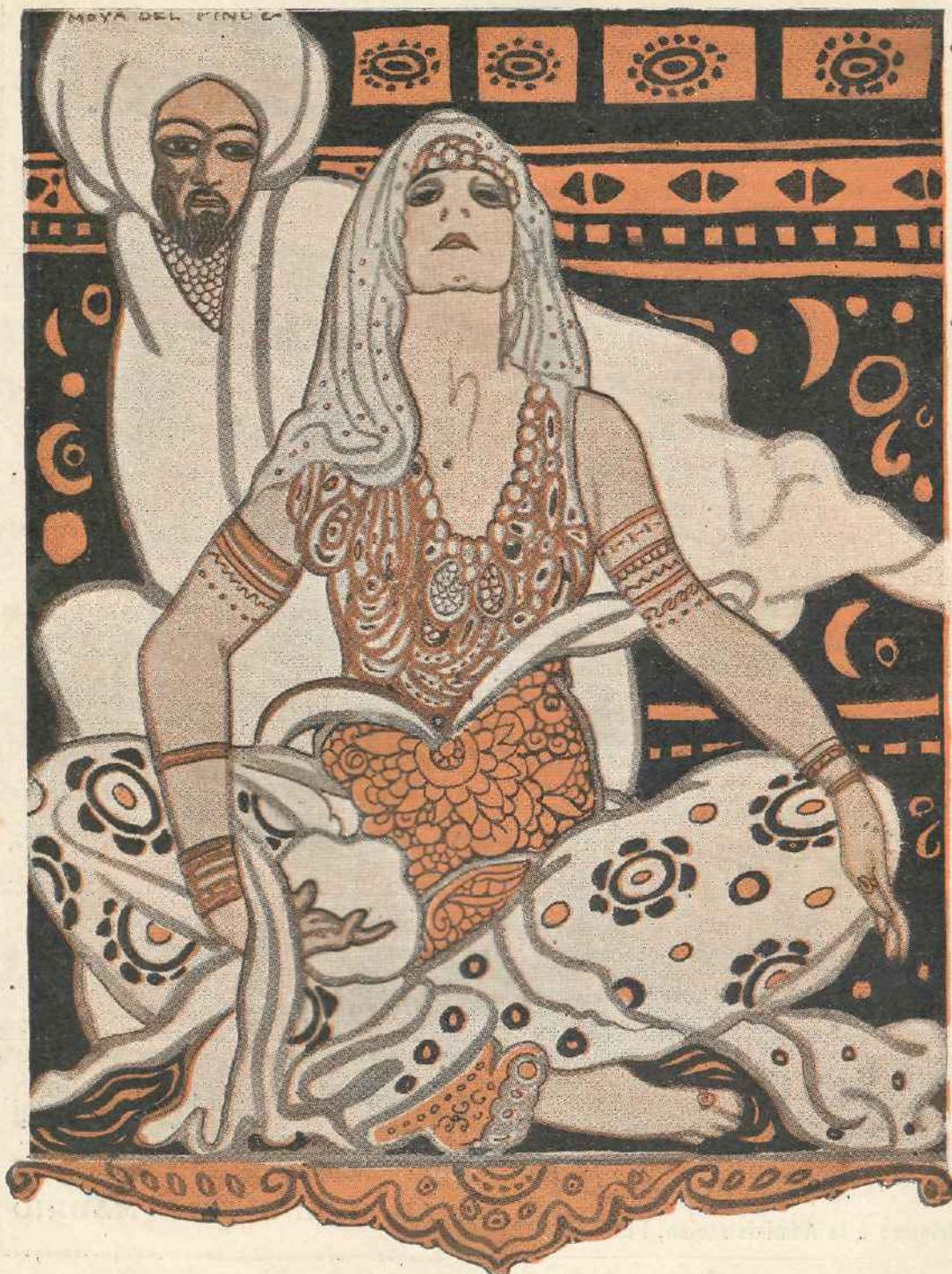


5881

Los Contemporaneos



LAS PUPILAS DE AL-MOTADID

Novela original de FRANCISCO VILLAESPEA

Ilustraciones de MOYA DEL PINO

19 DE MARZO DE 1915

NUM. 325

:: EDICIÓN ::
ECONÓMICA 20 cénts.

Los Contemporáneos

SE PUBLICA LOS VIERNES

Publica novelas ciertas de los mejores autores, lujosamente ilustradas, en negro y á varias tintas, por renombrados dibujantes.

REDACCIÓN, ADMINISTRACIÓN Y TALLERES:

CALLE DE FERRAZ, NÚM. 82, MADRID

Teléfono 4.539

Apartado de Correos 216

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

Madrid y provincias: Trimestre 3,50 pts.

Semestre 6,50 pesetas. Año 12

Extranjero: Semestre 10 ptas. Año 18

NÚMERO SUELTO

Edición de lujo, 30 céntimos.

Ed. económica, 20 céntimos.

Anuncios: pídase tarifa.

PIANOS

GAVEAU, PLEYEL, A. BORD, CONCERTAL, etc., al contado y plazos, desde 25 pesetas. Pianos verdadera ocasión, garantizados, desde 400 pesetas. Alquileres desde 10 pesetas. Afinaciones, compras, cambio y reparaciones. AUTOPIANOS.

R. Alonso

22-Valverde-22

LOS MUCHACHOS

EL SEMANARIO INFANTIL MÁS AMENO É INSTRUCTIVO

Cuentos maravillosos. Chistosas historietas. Artículos instructivos. Artículos creativos. Preciosas cubiertas en colores.

Profusión de grabados

EXPLÉNDIDOS REGALOS Á LOS LECTORES

LOS MUCHACHOS sortearán en Mayo entre todos sus lectores

225 REGALOS QUE VALEN 1.200 PESETAS!

- | | |
|--|--|
| 1 máquina de escribir. | 2 máquinas de vapor. |
| 1 coche de niño. | 2 automóviles. |
| 1 oso de tamaño casi natural. | 107 tomos de la Biblioteca Oro. |
| 6 triciclos grandes. | 30 tomos de la Mundial Biblioteca. |
| 3 juegos de rana. | 25 tomos de la Biblioteca Enciclopédica. |
| 1 balandro. | 15 tomos de la Biblioteca Azul y Rosa. |
| 10 balones de foot-ball | 6 tomos de «Para saberlo todo». |
| 10 balones grandes de colores. | |
| 6 cajas de labores ó de construcciones de madera y piedra. | |

RECREO—AMENIDAD—CULTURA

Se publica los domingos : 10 céntimos número
Suscripción: 2,50 semestre.

Dirigirse á la Administración, FERRAZ, 82

FABRICA DE CORBATAS

CAMISAS, GUANTES, GENEROS DE PUNTO

ELEGANCIA, SURTIDO Y ECONOMIA

Precio fijo, 12, CAPELLANES, 12, Precio fijo.



VIUDA DE R. ABATI
MODAS.—ULTIMOS MODELOS DE PARIS PARA LA PROXIMA TEMPORADA
MARIANA PINEDA, núm. 5 — MADRID

IMPRESOS Y SELLOS CRUCHO

ENCOMIENDA, 20 duplicado

APARTADO 271.—MADRID

COLDCREAM

VIRGINAL A LA GLICERINA. — El mejor cosmético que pueden usar las señoras. Tiene indicaciones bien precisas para curar las irritaciones, manchas de la cara, pecas, granitos, barros, escozores, ardores, escoriaciones, quemaduras, cortaduras, herpes, costras, grietas de los labios, del pezón, erisipelas, en Farmacia de Torres Muñoz, San Marcos, 11, Madrid.

R- 5881-A

ESTA OBRA NO
SE PRESTA

LAS PUPILAS DE AL-MOTADID



La luna se elevó majestuosa, semejante á un escudo de plata enrojecida, sobre las lejanas colinas cubiertas de cipreses, y en la cúpula del firmamento, fueron adquiriendo relieves precisos y nítidos contornos metálicos, algunos cirrus, esparcidos y dispersos, como frágiles vellones de humo blanco, en la indolencia serena y suave del azul profundo y cristalino de los diáfanos cielos de Oriente.

La marmórea terraza, perfumada por el aliento tibio y húmedo, casi humano, de los últimos rosales, resplandeció de súbito, en una fúlgida alborada de plata y nieve, bajo la fantasmagoría de aquella pálida luz del plenilunio, que al filtrarse entre los encajes y los alicatados de los arcos, parecía descender, trémula de emoción, con una suavidad religiosa, á través de mórbidos velarios de misterio.

Las rosas fueron adquiriendo vivas tonalidades de rojos terciopelos, y semejaban, bajo el encanto melancólico del luar, extrañas copas desbordantes de sangre.

Las pálidas campanillas, cuyos cálices, hechos de fragilidad y de ensueño, llamaron los poetas: "álamos de Luna en flor", se abrieron estremecidas, á la mística evocación de la luz, como mara-

villosas y encantadas florescencias de nacaradas madreperlas.

La noche entera, tenía, en el recogimiento de las frondas y en silencio marmóreo de los patios del Alcázar, una poesía grave y profunda, de fascinaciones inauditas.

El Califa Al-Motadid, exploró ansiosamente desde la florida terraza la vasta y cóncava serenidad de los cielos estrellados.

Una insólita tristeza milenaria se agudizaba en sus grandes ojos taciturnos, dándole á la voracidad de su mirada, inexcrutable como un abismo sin fondo y devoradora como el incendio de un volcán, todos los múltiples y acerados reflejos de esas bellas y finas armas, que los espaderos de Damasco cincelan, bruñen y esmaltan como las joyas más dignas de figurar en el esquelético seno de la Muerte.

Se decía que en la impenetrabilidad de aquellas miradas, Dios había encerrado uno de sus más grandes é irrevelables misterios.

Los campesinos afirmaban, temblando de pavor, que bajo su influjo, las tierras más fértiles se tornaban estériles, y los árboles más frondosos se secaban, hasta en sus más ocultas raíces, como bajo la fulminación sulfúrica y tempestuosa del rayo.

Algunos astrólogos aseguraban que ante el brillo sobrehumano de aquellos ojos, la madre Noche había engendrado en sus entrañas de sombra dos nuevas y lejanas estrellas.

Era punto de fe en todos sus dominios que el Califa Al-Motadid veía aun con las pupilas ce-

rradas, y que sus párpados, por el largo ejercicio de aquella mirada, habían adquirido una transparencia de gasa.

El Califa conocía el mágico poder de sus ojos, el dominio que tenían sobre todas las cosas, y la sugestión y hasta la servidumbre á que obligaban á todos aquellos que se atrevían á contemplarlos.

Y para que en toda hora y en todo tiempo resaltase imperiosamente su deslumbrante fulgor, había abolido por completo de sus regias vestiduras los colores vivaces, los ornamentos de seda, las franjas de plata y los flecos de oro.

Un amplio albornoz de un negro fosco y duro, envolvía majestuosamente su grácil y esbelta figura, como un manto de eternidad y de sombra.

Su cuerpo, así envuelto, asumía un no sé qué de inmaterial, de casi impalpable...

Parecía una sombra emigrada de un fabuloso reino de ilusiones y de ensueños, para subyugar á los hombres con la luz extraña y sugestiva, dominadora y fascinante, de sus grandes ojos crueles.

El sabio Yusef ben Moawia, aquel que por su gran elocuencia era llamado por los doctos del Yrak, "el perenne manantial de oro", llegó desde la obscuridad de su retiro lejano, á la corte del Califa, con objeto de visitarle.

Concedor de la obsesionadora influencia de los ojos de Al-Motadid, quiso presentarse á su vista en una mañana en que la suavidad del alba diluía en el cielo su plata más clara y su azul más puro.

El sabio, después de largas horas de meditación, había pensado al partir:

"Los prodigiosos ojos dominadores no podrán lucir con toda su intensidad bajo la deslumbrante claridad del cielo."

Mas apenas llegó á la presencia del Califa, no tuvo más remedio que inclinar agobiado la frente y comprimir los párpados con sus manos, con aquellas manos rugosas y amarillas como los viejos pergaminos sobre los que tantas veces había visto azulear la luz de la aurora, en sus largas vigiliadas de estudios y meditaciones.

Mas los amplios y claros cielos del alba no tenían poder ninguno sobre los ojos del Califa, porque éste, para recibir con todo honor al sabio, había querido darle audiencia en el maravilloso salón llamado "El Milagro de los Ojos", una vasta sala recamada de sedas negras, con el trono de mórbidos terciopelos del mismo color.

Al-Motadid, envuelto majestuosamente en el amplio albornoz de velos oscuros, que adensaba en sus pliegues toda la fosca tristeza de la sombra, dilatando sus bárbaros ojos, en una expresión de dominio, dijo á Yusef ben Moawia:

—Aquí me tienes ya, en mi propia luz, ¡oh, docto entre los doctos!... ¡Habla!...

—Deja que me sustraiga antes del poder de tus ojos, y hablaré!...—repuso con voz grave y sentenciosa, en la cual se insinuaba ya un estremecimiento de terror, el sabio del Yrak.

Y el Califa añadió lentamente, dando á sus palabras agudezas de estilete, y agrandando más el dominio negro y centelleante de sus pupilas:

—Tú debes sentir ya, hasta en lo más profundo

de tu alma, el fuego devorador de mis ojos. Mi mirada quema toda tu sabiduría. Tu pobre y misera ciencia no puede ni sabe penetrar en el misterio de mis pupilas!...

—¡Oh, Al-Motadid, Emir de todas las luces, hoy mi sabiduría se ha consumido ante tus ojos, y sólo de ella quedan pavesas!... Tu fuego la ha abrasado, y tu aliento la dispersa, como el viento del desierto barre las últimas cenizas de las fogatas de las caravanas.

El Califa se sonrió, con una sonrisa enigmática, que hizo más profunda la noche de sus ojos y más aguda la fulguración de su mirada.

—Podrás reencenderla, recuperar toda tu ciencia, si eres capaz de contemplarme cara á cara, durante tres segundos, sin cerrar los párpados!...

Hubo un silencio ahogado por la ansiedad y la angustia, después que en las altas y espaciosas bóvedas del extraño y misterioso salón, se extinguieron burlescamente, los pausados ecos de las últimas palabras del Califa.

Sólo se oyeron, como signos de vida, como únicos latidos de esperanza, en el anonadamiento infinito y pétreo de aquel instante decisivo, los aleteos medrosos de pájaro prisionero del corazón del sabio, al agitar las pesadas y fastuosas sedas de sus ropajes, y el gotear fugitivo y monótono de alguna vieja clepsidra, donde el cansancio inmemorial del Tiempo, desgranaba, una á una, con avaricia de perezoso, las perlas fugaces y trémulas de sus eternos collares de llanto.

Dos esclavos etiopes, mudos y negros como la misma sombra, dieron escolta al sabio, hasta el patio exterior del maravilloso Alcázar, bajo cuyos cipreses se amontonaba una bigarrada muchedumbre, venida de los cuatro confines de la tierra, para ofrecer sus dones al muy alto y poderoso Emir de los creyentes, el Califa Al-Motadid, gloria del Islam y espada de la justicia...

Y aquella mañana, el sabio Yusef ben Moawia, llamado por su elocuencia y su sabiduría, entre los doctos más famosos del Yrak, "el perenne manantial de oro", salió inmemore del salón del trono, y no recordó en toda su vida más que el fulgor malvado y deslumbrante de aquellos ojos infinitos de crueldad y de malicia.

II

El poeta Abdemelik el Coraichita, glorioso en todo el Oriente, por sus estrofas, venenosas de olvido como las flores del loto, tiernas y suaves como el pálido azul del asfalto y ricas de imá-



genes como las túnicas de los ídolos, habían exaltado en largos versos, móviles y frescos como la hierba de las praderas, la maravillosa belleza y el mágico poder de los ojos del Califa.

El poeta había apenas entrevisto aquellos ojos, en una ceremonia cortesana, á través de una larga fila de soldados etíopes armados de lanzas de oro y escudos de plata.

Las estrofas en su loor quiso que fuesen recamadas con seda turquí y perlas, sobre un cojín de raso negro, por las manos patricias de una

musulmana, célebre en Bagdad por haber bordado sobre un velo, más sutil y frágil que las alas de las libélulas, los más bellos versículos de las suras Koránicas.

Mas después que el cojín, perfumado por los más raros y embriagantes aromas del Arabia, y encerrado en una rica caja de sándalo, fué llevado á la presencia del Califá, y éste, con voz clara y sonora, casi metálica, leyó, ante el fasto de la Corte, las rítmicas y brillantes estrofas en alabanza de sus ojos, y admiró lo maravilloso del

bordado, desde aquel momento, el poeta Abdemelik el Coraichita, el más famoso de Oriente, no supo encontrar rimas para sus Kasidas ni imágenes ni ritmos para sus gacelas, y las manos patricias de la célebre bordadora de Bagdad, perdieron sus virtudes milagrosas y jamás consiguieron enhebrar una aguja.

Los fatales ojos de Al-Motadid, habían consumido en su hoguera interior, todas sus aptitudes, dejándoles inmemores para el arte.

También el músico Aliatar, que había sabido extraer de miles instrumentos, sonoros Océanos de melodías que hacían naufragar el ánimo de los oyentes en abismos de las más insólitas dulzuras; también el músico Aliatar que había maravillado todo el Oriente, con el encanto de su guzla, entonando en alabanza del Señor, canciones tan sinceramente religiosas que hacían presentir á los corazones las sobrehumanas alegrías del Paraíso, no pudo arrancar una sola nota á las cuerdas melódicas después de haber elogiado, con musical fervor, los ojos del Califa.

Había compuesto una suprema página de ternura y de delirio, en la cual las notas vibraban, oscilaban y gemían como las florestas agitadas por el huracán.

Cuando las guzlas, en las noches sin Luna, tañidas por ágiles dedos expertos, propagaban, en el divino silencio ébrio de aromas y cálido por la respiración vegetal de las plantas, la armonía subyugante de aquel elogio, las cadencias se fundían en el aire, se encendían con la fosforescencia de aquellos ojos, y se alejaban por el espacio, ilimitado, perdiéndose en la obscuridad de la sombra, como miríadas de luciérnagas.

El Califa Al-Motadid, oía las notas, mas las veía llegar en la sombra, absorbiéndolas con el fulgor de sus ojos.

El músico, después de aquella página, vió de repente, encanecer su juventud, esterilizarse su corazón para todos los afectos, y extinguirse en su alma todas las pasiones.

Se hizo taciturno, solitario, ávido solamente de arrastrar sus largos cabellos blancos en los fríos silencios de las cavernas, en las plácidas soledades de los ríos, ó entre las umbrosas melancolías de los bosques, donde á su presencia hasta los ruiseñores enmudecían y las mismas serpientes se ocultaban, desparvidas entre los ásperos matorrales.

En vano, en la solitaria primavera de los ríos, cuando las guzlas esperaron, para encantar á la noche con su armonía suave y temblorosa, las ágiles y esportas caricias de sus manos; de aquellas pobres manos que hoy eran sólo como secas raíces y como inútiles despojos de un rosal florecido, agostado y muerto en plena primavera.

III

Fátima, la hija predilecta de Abdemelik, el más famoso guerrero de la corte del Califa, era de tan sobrehumana belleza, que de ella se contaban, que como un día de sopor se quedase dormida, en el encanto fragante y umbrío de un kiosko de su jardín, un paje que por allí pasaba, viendo, por vez primera, su hermoso semblante libre de la prisión del velo que constantemente le encubría, se quedó admirado, inmóvil, sin atreverse á respirar, y después de contemplarla largo rato, en un silencio religioso, huyó como un loco, y se puso á gritar frenético en los patios del alicazar de su señor:

— ¡Bendecido y alabado sea el nombre santo y puro de Alhá!

Su Omnipotencia protege á nuestro señor, el glorioso Abdemelik, terror de los infieles y martillo infatigable de los paganos!

Los jardines de Abdemelik son los jardines del Paraíso, que el Profeta prometió á los verdaderos creyentes, pues en ellos descienden á reposar las huerfanas...

Mis ojos han visto una, la más bella de todas, dormida en un banco, en el kiosko de los cipreses.

Su rostro era blanco y bello como la Luna llena cuando aparece en las cimas nevadas del Líbano.

Su aliento embriaga como el olor de los narcisos, y sus cabellos son negros como las alas fabulosas del rocío.

Cien poetas habían lodado su nombre.

Y todas las noches, bajo la serenidad azul y plata de los altos cielos de Oriente, en la soledad fragante á rosas y jazmines de su calleja, las guzlas desfallecían de amor al pie de sus celosías, mientras los surtidores y los arrayanes de los huertos, perfumaban el silencio de un amargo y fresco anhelo de imposibles amores.

De lejanos países llegaron las más gloriosas emires y los más ricos mercaderes, á poner á sus plantas las más fuertes y victoriosas cimitarras y los más ricos y fabulosos tesoros, por obtener siquiera una sonrisa de sus labios ó una mirada compasiva de sus ojos donde se abrían, entre un negror de tinieblas, las más divinas claridades de los cielos.

— Y todos tornaron de nuevo á sus países sin la esperanza de su amor, pero con la soberbia alegría de haber dado á sus pobres ojos mortales, siquiera fuese por un momento solo, el supremo placer de haber reflejado, en su fondo, como en un espejo encantado, la más bella y milagrosa creación que Dios había arrojado sobre la tierra.

Y muchos jóvenes guerreros, heridos por sus desdenes y buscando un olvido para su amor, habían volado, en sus potros, á buscar la muerte en los combates, y su nombre fué la única oración que se escapó de los labios, al caer, atravesados por una lanza ó malheridos por un venablo enemigo, en sus algaradas á las fronteras de los cristianos.

En su honor, el poeta Ayub el Medini, había compuesto esta kasida, que aún recitan los beduinos, á la puerta de sus tiendas, mientras los camellos dormitan al amparo de las empalizadas, y los perros vigilantes enseñan á la Luna los acedados reflejos de sus carlancas y el blanco lívido y agresivo de sus dientes feroces:

—¡Noble alazán! Tus cascos hieren el duro
[suelo;
tus piernas se estremecen. Con la cerviz erguida,
relinchas, las pupilas clavadas en el cielo,
ansiado que mis manos te abandonen la brida,

para tender al viento de la noche, tu largo
cuello, en el raudó empuje del galopar experto,
entre nubes de polvo, vibrante como un dardo,
barriendo con tus crines la arena del desierto...

El oro de la Luna corona el alto monte...
¡Que humeante devora tu nariz dilatada
las horas y el espacio, y vuela el horizonte
bajo las tempestades de tu planta ferrada!

Lejos, muy lejos, queda su aduar. Acallando
con su voz el furioso gruñir de los mastines,
de pie, sobre un vallado, mi amada está espiando
tu humeante silueta por los anchos confines!...

Postrados de rodillas los camellos dormitan,
los rebaños se agrupan en los viejos corrales;
sus troncos se contraen y sus flancos tiritan
cuando rujen leones ó aullan los chacaes!

Los nobles toros bramán, amparando en sus
[ancas
á las vacas enfermas y á los novillos tiernos,
mientras rasgando nimbos de claridades blancas,
elevan á la Luna su círculo de cuernos!

Cruje la arena móvil bajo la garra fuerte;
se encurva cautelosa la sombra de la fiera...
Se oye latir el bárbaro corazón de la Muerte,
y en todo flota el trágico silencio de la espera...

¡Vuela, alazán!... Devora las arenas, que antes
que se ponga la Luna tras los montes lejanos,
la amada nos aguarda... Tus flancos jadeantes
premiará con las dulces caricias de sus manos!...

¡Cruza como una flecha los áridos confines,
devorando las horas en tu galope experto,
que te espera su mano, para adornar tus crines
con ramos de las flores más bellas del Desierto!"

Pero Fátima permanecía insensible á todas las mágicas seducciones del amor, y las músicas se apagaban en el misterio constelado de la noche con los últimos rayos de la Luna; y las poesías se deshojaban en el silencio de los jardines con los posteriores cálices de las flores; y las joyas y las preseas se amontonaban como inútiles trofeos, en las suntuosas alcatifas de sus camarines.

Su corazón era como un cubil donde el león del templo bostezaba de hartura.

En vano sus esclavas, sobre las pieles más costosas de la India, danzaban esas danzas maravillosas que aprendieron de las sagradas bayaderas, en las frondosas márgenes del Ganges, bajo el encanto de oro y jaspe de los altos y calados pórticos de pagodas de ensueño.

En vano el incienso, la mirra y el benjui se deshacían en azuladas y fragantes espirales de enervantes aromas, en los pebeteros de plata cubiertos de piedras preciosas...

Nada vencía su indiferencia desdeñosa ni hacía asomar la sonrisa á sus labios.

Solamente, cuando reclinada sobre los blandos almohadones de plumas de cisne forrados de damasco y adornados de piedras preciosas, contemplaba en el fondo nítido y resplandeciente de un espejo de plata que sostenía una sierva, arrodillada á sus plantas, el encanto pleno de juventud y de gracia de su propia belleza, sonreía como extasiada, mientras sus esclavas tañían las harpas y los laúdes, las cítaras y las nubelias, y del techo, abovedado y resplandeciente de estrellas de oro como los cielos de la Arabia, llovían las más raras esencias y los pétalos más suaves y frescos de las flores más fragantes.

Un día, la fama de su hermosura llegó á oídos del Califa Al-Motadid, el cual, impresionado por lo que todo el mundo proclamaba como un verdadero prodigio, mandó llamar al padre de la doncella, y le dijo, con un leve dejo de ironía en su voz:

—Me han dicho, mi noble deudo Abdemelik, que tu hija Fátima supera en hermosura á las mismas huries del Paraíso!

En mi harén, las mujeres son ya para mis ojos como cosas sin alma y sin vida...

Necesito una flor fresca y viva que vuelva á encender la sangre en mis venas apagadas y reanime los últimos rescoldos de esta juventud que se marchita...

Tráeme, mañana mismo, á tu hija, y yo te recompensaré, en cambio, con la mejor ciudad de mis dominios, el cargo más honroso de mi corte y el potro más ligero de mis caballerizas!

Abdemelik, inclinó la frente hasta tocar el suelo, y así postrado, murmuró:

—¡Cúmplase en todo tu soberana voluntad, noble Emir de los creyentes!...

Y haciendo respetuosas zalemas, salió del regio salón del Alcázar, sin volver la espalda al Califa.

A la mañana siguiente, Fátima, resplandeciente de belleza, se presentó ante Al-Motadid, engalanada con todas sus joyas, como una diosa que desciende de su tabernáculo.

Mas, apenas sus ojos se encontraron con las pupilas fatales, sintió arder su corazón como si le devorase una boca de llamas.

Y desde entonces, Fátima, la belleza insensible y fría á todas las seducciones del amor, se fué disipando, consumiéndose, en un frenesí loco de besos y caricias, bajo la mirada penetrante y cruel de aquellos ojos fatales.

Y su belleza se ajó, se deshizo, en una vejez prematura, en una palidez de enferma...

De sus dedos y de sus brazos se caían por sí mismos, los anillos y los brazaletes...

Y un día, al contemplarse, después de mucho tiempo, en un espejo de plata, se encontró tan variada, tan otra, que se deshizo en lágrimas y cayó desmayada en brazos de sus esclavas.

Y así murió, bajo el fúnebre influjo de las pupilas malditas, la más bella de las mujeres del Oriente, aquella que todos los hombres reputaban como la más hermosa hurí del Paraíso.

IV

Dos veces todos los años, el viejo narrador del desierto levantaba las largas y pesadas cortinas de púrpura, que impedían la entrada á su tienda, y aparecía en el umbral, envuelto en sus amplias vestiduras blancas, grave y solemne, con la majestad de un profeta que se dispone á traducir, en el mísero lenguaje de los hombres, los misteriosos conceptos sobrehumanos, que entre el fragor del trueno y el deslumbramiento del relámpago, le fueron revelados en la cima de una bíblica montaña.

Dos veces al año el narrador del desierto extendía sobre el umbral de su tienda una gran alcatifa franjeada de seda, tejida con extraños arabescos de hilos de plata, que al enlazarse, en el centro, formaban un maravilloso jeroglífico.

Gravemente, como el que cumple un rito sagrado, colocaba en el centro de la alcatifa, un cojín de cuero negro sobre el cual resaltaban complicados adornos de oro, interrumpidos de cuando en cuando, por pequeños óvalos de ámbar, que le daban vitales fosforescencias felinas. Y este cojín le servía de asiento.

Siempre escogía para empezar sus narraciones,

esa hora silenciosa y dulce en que el sol declina, cuando es más intenso y puro el azul diáfano de los cielos curvado sobre la inmovilidad broncienea de los palmares lejanos.

A su espíritu extático y contemplativo le parecía aquel momento el más oportuno y propicio, para interpretar, en palpitantes relatos, el sentido misterioso y oculto de las más herméticas profecías.

Hacia mucho tiempo que le conocía la gente de aquellos contornos, y aunque sólo se dejaba ver dos veces cada año, su recuerdo permanecía tan vivo en el corazón de los beduinos, y su nombre era siempre el motivo más familiar de sus veladas, bajo la luz de plata de la Luna, en torno de las cisternas, ó junto á las empalizadas que guardaban los rebaños de la voracidad hambrienta de las fieras.

Como desconocían su nombre, le llamaban simplemente el Narrador del Desierto.

Su fama se había extendido tanto en lenguas de admiración, que no existía un solo aduar, desde las montañas nevadas del Hebron hasta las extensas planicies de la Libia, en el que no se conociese y reverenciase su nombre.

Su tienda, permanecía cerrada durante todo el año, como un tabernáculo privado de celebrantes y de adoradores.

Se afirmaba que después de derramar sobre los hombres el armonioso consuelo de sus parábolas, perfumadas de la más santa piedad, emigraba, siguiendo el vuelo de las cigüeñas, á desconocidos parajes inaccesibles á toda humana planta, á bosques intrincados de fabulosos prodigios, donde la voz divina se hace oír en el bramar espumoso de los torrentes, en el rugir de las bestias feroces, en el silbato agudo y cortante de las serpientes, y hasta en el estremecimiento fragante de la brisa, al animar los altos cañaverales floridos de campanillas silvestres.

Algunos murmuraban, en voz baja, casi al oído, como si relatasen algún misterio inaudito, que al extinguirse las últimas palabras de sus narraciones, desaparecía con el crepúsculo, y transformado en sombra iba á perderse, invisible, en la profundidad azul de la noche, hasta volar á las más ocultas y remotas constelaciones, para luego descender de ellas, con el alma henchida, como una copa colmada, de todos los tesoros inauditos que encierra el Misterio.

Había quien juraba haberle visto, bajo la claridad de perlas de la Luna, dibujar en el suelo, con una varita metálica, extraños jeroglíficos, siguiendo los vagos contornos que proyectaban las sombras de los altos ramajes de las palmeras.

Los rudos pastores que conducen sus manadas de cabras negras y lanudas, á pastear en los amarillentos herbajes que crecen, raquíticos y miserables, á orillas de las cisternas, ó entre las blancas rocas calcinadas de las montañas de la Libia, aseguraban en voz baja, estremecidos de espanto, que la tienda del narrador del desierto estaba guardada por monstruosos dragones, que impedían el acceso á sus umbrales.

Siempre que el viejo macho cabrío, de retorci-

da cuerna, que servía de guía á sus rebaños, había intentado aproximarse á ella, al rozar con su hocico áspero y húmedo los tapices de la entrada, había tenido que retroceder, dando saltos y cabriolas alocadas, como si hubiese sentido en su lengua lijosa y sucia, la picadura de una de esas víboras que se enroscan á los matorrales secos, hambrientas de infiltrar su veneno, en esas horas asfixiantes en que el sol agosta y suprime hasta las sombras de los troncos desnudos y leprosos de las higueras salvajes y las altas pitas polvorientas.

¿ Por qué sucedía esto?

Porque los dragones que custodiaban la tienda del narrador del desierto, soplaban, sin ser vistos, por entre las rendijas de la tienda...

Y su aliento era abrasador y ampollante, como el del simoun que devora y calcina los restos de las caravanas...

Una vez, uno de esos guerreros nómadas de cabellos teñidos de azafrán y coronados con guirnaldas de muftí,—de esas flores que tornan invulnerables á los que se adornan con ellas,—en la serenidad de una hora crepuscular, tuvo la mala

ocurrencia de disparar, en gesto de desprecio y de burla, una flecha al interior de la tienda del narrador del desierto...

Mas apenas la flecha hubo partido, silbando, del arco firme y vibrante, guiada por el brazo duro y el ojo experto, como si rebotase en un escudo de diamante, tornó hacia fuera y fué á clavarse violentamente en el amplio y velloso tórax del arquero.

El guerrero nómada abrió los brazos, y espumajeando rabia y angustia, cayó exánime sobre las arenas, y la guirnalda de muftí se enrojeció de repente, con los cálidos tonos de la sangre viva...

Se decía también que un fakir, de lenguas y blancas barbas y enmarañados cabellos, tan largos, que flotaban sobre sus hombros como un manto de armiño, llegado de las remotas regiones donde el Ganges arrastra su corriente sa-

grada entre bosques de encanto y ciudades de misterio, ansioso de averiguar lo que ocultaba la tienda, había obligado, en una tarde de oro y de púrpura, á una inmensa boa que le acompañaba en su larga peregrinación, á introducirse



en el retiro impenetrable del narrador del desierto.

Apenas la serpiente introdujo su achatada y avizorante cabeza de ojos fascinadores, entre los cortinajes de la entrada, se vió su largo y escamoso tronco encogerse y vibrar, ondular y retorcerse, como si un yatagán invisible la hubiese cercenado...

Y al expirar, en los angustiosos estertores de su agonía, extranguló entre sus anillos el cuerpo mísero y centenario del sabio fakir.

V

¿Quién era aquel extraño y ambiguo narrador del desierto?

¿De qué tierra remota, de qué apartadas y desconocidas regiones, venía?...

¿Cómo y de qué vivía durante el resto del año?

Nadie sabía nada, y el misterio impenetrable que le envolvía, el halo misterioso que fulguraba sobre su frente, como una corona de oro y de estrellas sobre la blanca casta de su turbante, le daba mayor prestigio á su figura y un encanto sobrehumano á sus palabras.

En toda aquella tierra, estéril y ardiente, comida por el sol como por una lepra, y devorada por su propio ardor como por un fuego interno, se le profesaba una veneración tan grande y tan profunda que casi rayaba en idolatría; y su palabra, las dos veces al año en que él la derramaba, como una música de consuelo y de esperanza sobre el corazón de la muchedumbre, era reputada por todos, no como si saliese de una humana garganta, sino como escapada, en un soplo de revelación, de los labios inmortales de un Dios.

Se esperaba, con temblores de mística impaciencia, que su mano descarnada y sutil, mano acostumbrada á palpar lo impalpable, alzase la larga y pesada cortina que cubría la entrada de la tienda, como se esperan las claridades frescas y benéficas del alba, después de una larga noche de monstruosas pesadillas y de febriles insomnios.

El acto apacible y sencillo de extender la amplia alcatifa, que el narrador colocaba en el um-

bral de la tienda, con la majestad grave y serena de un profeta que se dispone á derramar sobre los mortales oscurecidos en su ignorancia, la luz viva y goteante de paz que despiden las palabras divinas, era comparado por todas aquellas gentes, al gesto bíblico de Moisés, al tocar con su vara mágica la esterilidad dura y salvaje de la roca, para hacer surgir la epifanía del agua y calmar la sed de su pueblo abrasado.

Al destilar sus panales de frescura el agua, la alegría enciende las pupilas: al extenderse la alcatifa las gentes, bajo sus mantos de lino, bajo sus pieles de camello, sentían sus corazones estallar de júbilo, y una frescura de serenidad, como un rocío del cielo, bajaba suavemente á refrescar sus almas agostadas por todas las áridas y terribles vicisitudes de la vida.

Alguno de esos hombres doctos que han encanecido, á la luz vacilante y humosa de las lámparas, en la soledad del estudio, descifrando los viejos caracteres de los pergaminos, exclamaba, con lenta y sonora voz, entre el corro de los oyentes que se impacientaban en la espera:

—“El narrador del desierto es la encarnación viva y humana de la meditación.

No le es lícito hablar siempre que quiere, sino cuando sus labios están absolutamente puros para poder expresar las verdades que han fructificado en el fondo de su alma.

Mas cuando la meditación habla, las voces extrañas deben callar, hasta que puedan recibir en toda su integrante fecundidad, las palabras de la meditación, que son palabras maduras.

El más alto silencio se ilumina de estrellas, y el más profundo se entenebrece con la sombra de las tumbas.

El hombre no puede ni elevarse hasta aquél, ni descender hasta éste; mas viviendo entre el uno y el otro, debe saber coronar con palabras maduras la frente de la meditación.

Oigámosle en silencio, y que en el silencio nuestras almas se tiendan, como labios sedientos, hacia la fuente de sus palabras.”

Un humilde labrador del oasis de Bensabeéth, uno de esos pobres hombres que envejecen curvados sobre los surcos para llenar los trojes y vestir de oro y joyas á las odaliscas de los harenes de los Califas, añadió, suspirando en la gran serenidad azul y rosa del crepúsculo, la tristeza de la ancestral rebeldía de su raza, destinada por un negro y duro destino, desde la eternidad de los tiempos á la más pesada servidumbre:

—“El rey de la tierra es sólo un fantasma, si se le ve, á la luz de la meditación.

El no debe contemplar, delante del espejo, si la corona corresponde á su majestad sino buscar esta correspondencia en el fondo de su conciencia, como el narrador del desierto la busca en la soledad y en el silencio de la meditación.

El hombre no ha nacido para subir estúpidamente á las doradas alturas del trono, sino para ascender sabiamente á las altas regiones del pensamiento.

La autoridad con púrpura y cetro, con tambores que la anuncian y con espadas y lanzas que

la resguarden, no es más que una abominable superstición."

Un viejo mendigo, casi milenario, en cuyo rostro seco y arrugado parecían petrificarse todas las amarguras y cansancios de una vida errante, sin calor de hogar ni alegrías de amor, recitó, con su voz plañidera de pordiosero, mientras sus uñas ásperas y negras, se rascaban bajo los andrajos del manto, la miseria y la costra de sus llagas inundadas:

—“Subí ricas y jaspeadas escaleras, graderías de mosaicos, con los pies descalzos, porque temían los celosos custodios que mis gastadas sandalias de viandante enlodasen los mármoles de los magníficos pavimentos.

Empujé espléndidas puertas de sándalo importado de la India, y de marfil traído en pesadas galeras del Alto Egipto, con mis trémulas manos enguantadas, porque temían los miserables guardianes, que con mis callosos dedos manchase el esplendor de las puertas.

Y cuando me hallé delante de los señores de la fortuna y el poder, los siervos esgrimiendo sus armas y blandiendo sobre mis espaldas sus látigos, me arrojaron de su presencia, temerosos de que con mi aliento apestase la ociosidad de sus señores.

Rechacé una limosna á tan humillante precio, y al rechazarla me sentí más grande que el poder y la fortuna.

Arrojé con desprecio los guantes, volviendo á contemplar de nuevo mis manos desnudas de toda humillación, y volví á descender las marmóreas escaleras, lavándome con tierra y agua mis pies antes de calzarme y emprender mi camino.

El narrador del desierto, señor y rey del pensamiento, me acoge cordialmente sobre sus almohadones, aunque traiga remendado y hecho jirones el traje, las sandalias cubiertas de barro y las manos callosas y sucias de arrancar para el sustento de mi boca, las raíces del seno de la tierra.

Y no solamente me acoge y me da el signo de paz en el rostro, sin saber quién soy ni de dónde vengo, sino que con la madurez de su palabra sacia todas mis hambres.

El oro que socorre humillando, no es nada ni vale nada comparado con la palabra que alimenta de fortaleza y de esperanza nuestras almas."

Un célebre bandido, cuyo solo nombre hacía estremecer de pánico á los camelleros de las caravanas que, cargadas de oro, especierías y piedras preciosas, atraviesan, al son de los cascabeles, las estériles soledades del desierto, dijo, con acento duro y cortante, como la hoja de la cimitarra en cuya empuñadura, ornada de rubíes y de topacios, apoyaba gentilmente el bronce bello y firme de su mano:

—“Cuanto más grande es la propiedad tanto más virtuoso se hace el hurto.

Yo conozco á muchos grandes señores de la fortuna, los cuales me han enseñado, con sus acciones, la ciencia del robo, y yo la he aprendido de ellos para su propio daño.

Un día en que el hambre me impulsó á robar un pedazo de pan, fui condenado.

Otra vez, que un poderoso señor, con sus dádivas, me impulsó á violentar un cofre para robar unas joyas con que comprar el amor de una sultana, fui magníficamente recompensado, y sólo faltó que mi nombre fuese bendito en las oraciones de las Mezquitas del Islam, para que mi gloria no tuviera que envidiar nada á la de los más famosos califas de Damasco y de Bagdad.

Hoy he cumplido un acto piadoso, arrebatando su corona á un príncipe malvado, que no podrá acusarme sin acusarse.

Mi desprecio le salva; su vergüenza me redime. ¡Cinamos su corona, que esparce vivos resplandores de carbunclos, perlas y esmeraldas á las sabias y nobles sienes del Narrador del desierto!"

Todos los oyentes aprobaron la proposición, alzándose en un júbilo de gestos y gritos triunfales.

La muchedumbre rodeó la puerta de la tienda, agitando al aire, á manera de estandarte, sus alquiceles.

—¡Coronémosle con la corona del príncipe!— gritaban todos, mientras al famoso salteador de caravanas la extendía sobre la frente pensativa del narrador del desierto.

Este, que acababa de sentarse sobre el almohadón de cuero negro para empezar la narración, les detuvo con un gesto sobriamente irrevocable, y les habló así, alzándose de su asiento y elevando sus brazos á los cielos profundos del crepúsculo:

¡Si yo ciñese mi frente con la fúlgida corona que derramó su orgullo de gemas y de oro sobre las sienes de un malvado, yo perdería la vida!

Nada sirven los carbunclos, las perlas ni las esmeraldas... La Verdad gobierna y brilla por sí sola, sin el vano y efímero esplendor de las gemas! Y yo sólo quiero que la verdad corone siempre mis pensamientos!

Y el narrador del desierto volvió á disponerse á comenzar su narración.

Y cuando, con las piernas cruzadas, se sentó sobre el almohadón de cuero negro, en el centro de la amplia alcatifa, el silencio de la gente, contenido en una respiración anhelante, se iluminó de repente con una vaga claridad de cielo.

Hasta la brisa, una leve brisa perfumada de fresca y de rosas, que venía de los oasis próximos, parecía aletear como una paloma sobre la blanca frente del narrador, en la paz serena y vaga de la hora fugitiva...

Mas de pronto, cuando la palabra de revelación aleteaba ya á flor de los labios, el narrador del desierto se estremeció convulsivamente, y una palidez mortal, como una máscara de angustia, se extendió sobre su semblante.

La palabra murió ahogada en un grito de dolor, y el cuerpo, agitado por los estertores de la agonía, cayó desplomado sobre la amplia y mullida alcatifa, para no levantarse jamás.

Entre los oyentes, se encontraba el Califa Al-Motadid, que había querido escuchar, disfrazado de mendigo, las maravillosas narraciones de aquel



glorioso solitario, cuya fama llenaba, con clamores de triunfo, los ámbitos de su reino.

Y las gentes afirmaban, que las pupilas crueles del Califa, habían hecho enmudecer para siempre la voz de la Verdad sobre la tierra.

VI

El reino entero parecía sentir el maléfico influjo de los ojos del Califa, como si la maldición de los cielos hubiese caído sobre todos sus dominios, devastándolos.

Los pobres labradores desuncían sus yuntas y abandonaban sus tierras, porque se habían tornado estériles á la roturación fecunda y generosa del arado.

En vano, en un amplio gesto patriarcal de sembradores, habían derramado, á manos llenas, las simientes vivas sobre los surcos recién abiertos, húmedos aún con el sudor de su esfuerzo desesperado.

Las simientes se perdían sin dar siquiera la esperanza de una cosecha futura, como si las hubiesen arrojado sobre la dureza inhumana de los desnudos roquedos.

Y las hoces se enmohecían, como armas inútiles, en los rincones de sus cabañas, esperando en vano, la hora cálida y alegre de la siega.

Los olivos y los granados, los naranjos y las figueras, se secaban en las laderas de los huertos y en los verdes pomares, sin dar fruto, como plantas malditas.

Las puertas de los molinos estaban cerradas, y en vano el agua rumorosa y espejeante en los floridos cauces de las acequias, entonaba bajo las alamedas y los mimbrales su clara y fresca canción, donde había nostalgias de harina blanca y saudades de plácidos idilios molineros.

El hambre había asomado su faz amarillenta y demacrada, aun entre el bullicio y la algazara de las ciudades más populosas, y los morales no daban hojas para alimentar los gusanos de seda, y los telares permanecían silenciosos y las forjas apagadas.

Las caravanas que iban al Oriente esparcieron por las más apartadas regiones del reino, las infaustas nuevas y el poder destructor é infernal de las pupilas malditas.

Los solitarios, en la hosquedad silenciosa de sus retiros, postrados en el suelo, con los ojos y los brazos tendidos hacia la Kaaba, impetraron del Cielo piedad y remedio para tantos y tantos males como abatían á los buenos creyentes del Islam.

Pero el Cielo permanecía sordo á los votos humanos...

En todos los ámbitos del Califato se hablaba diariamente de la negra fatalidad que pesaba sobre todo.

En voz baja, casi al oído, en las ciudades, por temor á la delación de algún espía, los ancianos inculpaban á los jóvenes porque con sus pecados habían atraído sobre el Califato el castigo inexorable del Señor, de cuya venganza eran los ojos de Al-Motadid los más fieles y tenaces ejecutores.

Los beduínos se reunían, á la hora del crepúsculo, y en las noches de Luna, en la puerta de sus tiendas, y en vez de las antiguas kasidas de sus poetas, resonaba ahora la lamentación apagada y quejumbrosa de los males que diezmaban sus rebaños y esterilizaban las feraces y pródigas entrañas de sus oasis.

¿Quién encontraría un camino de salvación para tantos y tantos contratiempos?...

¿Habría manera de acabar con aquel poder oculto y tenebroso que se había adueñado de las negras pupilas del Califa Al-Motadid, proyectando sobre la tierra la sombra devastadora de su maléfico influjo?...

Se consultaron á los más sabios astrólogos... Pero las estrellas permanecieron mudas, y los horóscopos se perdieron en las más vagas y contradictorias conjeturas.

Algunos afirmaban que el espíritu del Mal, el demonio sanguinario y cruel de las antiguas y feroces teogonías politeístas, se había refugiado en

el misterio de aquellos ojos, como una fiera monstruosa, que al sentirse malherida, se refugia en la profundidad de una caverna.

Otros, por el contrario, aseguraban que era el Arcángel de las venganzas, el de espada de fuego y túnica de llamas, el que vivía dentro de aquellas pupilas, para castigar la impiedad de los hombres, y que hasta el día en que no quedase un réprobo no dejaría su asilo fatal.

Algunos confiaban en la ciencia oculta de los nigromantes judíos ó en el poder milagroso de los fakires, que se alimentan de raíces, en las remotas regiones de la India.

Y los pueblos, prestos siempre en su inocencia á dar oído y crédito á las cosas sobrenaturales, mandaron comisionados al interior del país donde viven aún los nigromantes judíos y á las riberas del Ganges donde habitan los fakires. Pero los comisionados, después de no pocos trabajos y vicisitudes en sus largas peregrinaciones, tornaron á sus ciudades y á sus tribus sin que los nigromantes ni los fakires hubiesen pronunciado ninguna palabra de salvación.

—Dios no pudo haber encerrado en los ojos del Califa Al-Motadid, ningún misterio irrevelable.

Revelado ha sido el misterio de aquellos ojos, y, roto el secreto, sólo se ha hallado las huellas del espíritu del Mal.

Dios no quiere ni puede desear el mal para el pueblo que le adora, sino que derrama sobre él, á manos llenas, todos los bienes de su magnificencia y de su gracia.

Su divino poder manda la lluvia cuando la tierra se muere de esterilidad y de sed; envía el rocío para que los cálices se entreabran y las hojas tiernas adquieran fortaleza; ha colocado la Luna como una lámpara maravillosa para que los viajeros extraviados en los laberintos de un bosque, encuentren ruta propicia...

Todo en beneficio de los miseros mortales, que besando la tierra acatan y bendicen su nombre.

Los ojos del Califa son la maldición y el exterminio.

Desde el fondo sombrío de aquellas pupilas, algún espíritu satánico se venga de la bondad y del bien, sin que nosotros podamos imaginarlo siquiera.—

Así había hablado con extremada contrición el viejo Almanzur, bajo el lino de su tienda, cercano de algunos embalsamadores recién llegados de las fértiles tierras de Egipto, y de un noble mercader nómada, que regresaba á su tribu, desde el Adramud, con los camellos cargados con los más fabulosos y raros tesoros de la tierra.

Dijo el mercader con voz suave y perezosa, como si dejase escapar las palabras, en un resba-

VII

El cheij Almanzor ben Abdalha era venerado en todo el reino, por la rectitud inflexible de su conciencia, y por la piedad infinita de su alma, abierta siempre á la esperanza y al consuelo.

Su nombre se repetía de tribu en tribu, de aduar en aduar, con respetuoso fervor, entre loas de entusiasmo y homenajes de admiración.

—Es el espejo donde deben mirarse los verdaderos creyentes.

—La Verdad habla solamente por sus labios puros de toda irreverencia!

—Es el único que conserva en su corazón la pureza y la fe de las antiguas costumbres!...

Su tienda se alzaba, á la sombra de los tamarindos del más fértil oasis de los desiertos del Yrak, allí donde se cruzan los caminos de las caravanas que van á Damasco y de las que vienen de las tierras cenagosas y pródigas del Egipto.

Todos acudían á ella como á un templo, á buscar alivio para sus males y un bálsamo de resignación para las iniquidades de la vida.



lar de seda, entre la púrpura abultada de sus labios:

—Almanzur, si tu consejo liberta á nuestra tierra de aquellos ojos inicuos, yo te regalaré los más preciosos dones del Oriente... Un pequeño ídolo de ámbar, cuyo poder alejará de ti todas las tentaciones diabólicas, y ahuyentará con su olor á las serpientes que en el silencio nocturno penetran en nuestra tienda, y se deslizan á lo largo de nuestros lechos, para clavar la ponzoña en nuestro corazón.

Un viejo embalsamador, añadió, acariciándose con sus manos esqueléticas sus largas barbas, entre cuyas tinieblas, albeaban ya algunos mechones de canas:

—En la tumba de los Faraones he encontrado un anillo de oro con una extraña piedra, la cual, sumergida en el agua, tiene la rara virtud de difundir un suave olor á nardo.

Será tuyo el misterioso anillo, si libras, con tus consejos, á nuestra tierra, de la sombra nefasta de aquellos ojos infames.

Hubo un pequeño silencio, durante el cual todas las miradas interrogaron ansiosas al anciano.

—Oídme—repuso por fin Almanzur, alzando lentamente la cabeza,—el pequeño ídolo de ámbar que ahuyenta la desgracia y el anillo cuya extraña piedra perfuma el aire de nardo, nada me importan.

No quiero premios ni admito recompensas.

En mi corazón hay una profunda palpitación de amor y de piedad hacia nuestra gente.

Quisiera encontrar dentro de mi vieja experiencia el consejo más joven y más seguro, para que pudiera librarnos de ese maleficio que ensombrece nuestra tierra y obscurece la alegría del sol como un fantasma, como una nube negra que se interpone entre la luz y nuestros ojos.

Donde el Califa Al-Motadid dirige las pupilas, allí reinan la esterilidad y el espanto.

El tiene un maldito fulgor humanizado en sus ojos. Nosotros debemos apagarlo.

Todos gritaron, trazando gestos de amenazas en el aire, como si blandiesen sus aceros.

—¡Apaguemos ese fulgor!...

Almanzur, después de un prolongado silencio, en el cual pareció meditar profundamente, elevó los ojos á lo alto como si pidiese fuerzas á los cielos, y murmuró con voz grave y solemne:

—Huéspedes míos, adoradores fervientes de nuestro Dios, voy á confiaros un secreto que desde hace mucho tiempo guardo encerrado en el fondo de mi alma.

Oídme.

Oraba yo una noche, postrado en lo más oculto de mi tienda, pidiéndole al cielo que nos libertase de la fatalidad de esos ojos crueles, cuando de repente una suavidad suave y celeste iluminó mi retiro, y en el silencio nocturno me pareció oír una voz sobrehumana que murmuraba á mi oído:

—Los ojos de Al-Motadid no son, como creen algunos de nuestros magos, el esplendor evidente de la onirodinia, sonambulismo é incubo al mismo tiempo, sino el perverso deslumbramiento de la maldad.

Y desde aquellas noches de plegarias, tanto se encendió mi fervor y tan firme se hizo en mi espíritu la esencia de la realidad de aquel sueño, que me decidí á buscar á Alí, el esclavo adolescente destinado por el Califa á los servicios más familiares.

Alí era la única persona que podía ceñirle el amplio albornoz de seda negra. Solamente sus manos debían calzarle las espuelas de oro y suspender de su cinto de terciopelo negro bordado de plata, el rico y fino alfanje cuyo pomo era un milagro de pedrería.

Yo había educado, desde su más tierna infancia, al bello adolescente en el amor de Dios, y sentía por mi un verdadero afecto filial.

Confiado en este cariño, le abrí mi corazón, contándole mi sueño y convencéndole á que librara á nuestra tierra del maleficio de aquellos ojos inicuos que proyectaban sobre ella la desolación de sus sombras.

Alí vigilaba constantemente el sueño del Califa, pero jamás osó en todo el tiempo en que estuvo á su servicio, contemplarle cara á cara.

Esta respetuosa sumisión del esclavo había convertido en el favorito de Al-Motadid.

Yo induje al adolescente al gran gesto libertador; y un día oculté entre los pliegues de su túnica una pequeña ampolla de cristal, en la cual había encerrado un poderoso veneno capaz de corroer y apagar para siempre aquellos ojos fatales.

El esclavo debía, mientras el Califa se entregaba al sueño, verterlo rápidamente sobre los párpados.

Aquella noche, cuando el esclavo, descalzo para no hacer ruido, alzaba los ricos tapices del lecho de Al-Motadid, y extendía ya el brazo, próximo á cumplir su misión libertadora, se quedó, de súbito, aterrado, ahogando un grito de espanto en su garganta, y la ampolla cayó de sus manos, derramando sobre el mosaico del pavimento la corrosiva virtud de su veneno.

Al-Motadid le había sujetado por las muñecas, incorporándose sobre el lecho, en un gesto frío y cruel de leopardo que al fin siente crujir entre sus zarpas la presa que durante mucho tiempo ha estado acechando.

El Califa veía á través de sus párpados. Su carne se entregaba al sueño, pero sus ojos permanecían vigilantes.

Al día siguiente. Alí, el esclavo adolescente predilecto de Al-Motadid, era arrojado al hambre y á la ferocidad de los leones que, en sus jaulas de hierro, atemorizaban el silencio fragante de los jardines, con el trueno retumbante y seco de sus rujidos.

Y desde entonces, todo el reino afirmó que el Califa Al-Motadid ve aún con los párpados cerrados, porque sus párpados han adquirido una transparencia de gasa.

—¡Pobre Alí!... Su muerte ha dejado un vacío tan profundo en mi corazón, que ningún otro afecto podrá llenarlo.—Suspiró, en un hilo trémulo y quejumbroso, de voz apenas perceptible, el viejo Almanzur.

Sus párpados se fueron cerrando lentamente, y

su frente, agobiada por la tristeza infinita de aquel recuerdo, se inclinó dolorida entre la amarillenta lividez de sus manos exangües.

El silencio se prolongó en un grave y pesado recogimiento doloroso que contraía duramente los ceños, y daba á todas las pupilas esa inmovilidad traslúcida que hace pensar en el éxtasis de los bien aventurados ó en la locura infernal y roja de los poseídos.

Nada turbaba la inquietud angustiosa del momento. Sólo una débil brisa, venida de los pomares del oasis, hacía ondular levemente los ricos tapices, derramando en el ambiente las fragancias melosas de los frutos maduros y la frescura casi humana de los nardos que se abrían, en sus grandes ánforas de barro rojo, junto al brocal de la cisterna, á la sombra azul y fecundante de los altos palmares dorados de dátiles y sonoros de nidos.

Las golondrinas revolaban familiarmente dentro de la tienda, trazando, sobre las frentes inclinadas de meditaciones, la corona alegre y fugitiva de la sombra de sus vuelos...

VIII

De súbito, como si no pudiese contener en su corazón tanto y tanto dolor acumulado durante aquellos momentos de silenciosas meditaciones, el viejo cheij Almanzur se estremeció en una convulsión angustiosa...

De sus ojos, profundos y claros, como esos pozos abiertos en la dureza de las rocas, en cuyo fondo se reflejan toda la luminosa poesía de los cielos, brotaron dos lentas lágrimas, que resbalando por sus mejillas fueron á perderse en la blancura ondulante y trémula de sus largas barbas patriarcales, como dos gotas de rocío en un manojo de lino...

Su voz se hizo un sollozo, y exclamó de nuevo, doblando la frente sobre el pecho y cubriéndose el rostro con las manos:

—¡Pobre Ali! ¡La Muerte, al segar en flor tu vida, me ha dejado como ciego sin lazarillo!

¿Dónde volveré yo á encontrar una tierra tan apta y tan fértil para recibir en su seno todas las simientes del Bien?...

Hizo un esfuerzo para contener su emoción, y después, con la faz más serena y la voz más firme, añadió, tendiendo los brazos y doblando la cabeza:

—¡Dios lo ha querido! ¡Cúmplase su voluntad!

Uno de los jóvenes embalsamadores, Omar ben Said, extendiendo los brazos, en un gesto casi de amenaza, replicó, con extridencias desceñosas en la voz:

—¡Almanzur, tu corazón no siente la pérdida de Ali, el esclavo adolescente, sino los mordiscos, sordos y tenaces del remordimiento, por haberle amaestrado para el crimen, tomando como incentivo el santo nombre del Señor!...

Tu consejo, que él creyó santo, era sólo una acechanza culpable, merecedora del más atroz castigo...

Tú obraste sólo á impulsos del fanatismo y no en aras de tu fe, pues solamente el fanatismo induce al error.

Almanzur, el fanatismo no es la fe.

La fe es dulce y suave como una caricia, y vence sólo por medios lícitos y caminos rectos.

La voz áspera y dura del mercader añadió rudamente:

—¡Nosotros podíamos, viejo Almanzur, castigar tu crimen, y no lo hacemos, porque esperamos que tú hagas acto de contrición, en nombre del Altísimo, el cual si ha consentido esa criminal tentativa, ha sido solamente para que después, los puros rayos de la fe, iluminen y purifiquen tu conciencia!...

Almanzur, sin alzar la cabeza, respondió humildemente, en un tono compungido que aumentaba más el nervioso temblor de sus luengas barbas de armiño, que patriarcalmente se desparramaban sobre sus rodillas:

—Huéspedes míos: la fe tiene fervores que no se miden, y entusiasmos que no pueden refrenarse.

La tentativa ha fallado, y vosotros me inculpáis por haber querido librar á la tierra del influjo de un monstruo...

Está bien. ¡Yo también detesto el crimen, y por eso nutro con mis lágrimas en el fondo del corazón el más sincero y voraz de los arrepentimientos!...

Mas, ¿quién ha concedido al Califa Al-Motadid autoridad para exterminar todo aquello que cae bajo la fulminación de su mirada?...

Y decídmelo también: ¿quién de vosotros, encontrándose bajo el dominio de un Espíritu Malo, no había de valerse de todos los medios, aun de los más criminales, para vencerlo y librarse por siempre de su maléfico influjo?

¿Si dos manos ladronas abriesen tus cofres, para robar tus más ricas mercancías, las besarían tus labios, mercader, que sólo vives del producto que ellas te dejan?...

¿No desnudarías tu alfanje, y de un golpe las harías rodar por tierra, cercenadas?

Cuanto más debemos defendernos contra dos ojos perversos que destruyen con su luz sulfúrea y su corrosiva maldad, lo más puro de nuestra conciencia; ojos terriblemente crueles que disi-

pan la más profunda sabiduría, hacen desfallecer y agostarse, como una flor sin frescura, á la más admirable belleza; tronchan las alas de la más alta poesía y disecan las corrientes melódicas más sonoras y copiosas?...

El Espíritu del Mal vive encerrado en el fuego de aquellos ojos, y hay que destruirlo, como se destruyen á esos monstruos hambrientos que infestan las selvas y acechan los rebaños, agazapados en la obscuridad de sus cavernas.

La voluntad Omnipotente del Señor ha puesto en nuestras manos los medios para destruirlos... ¿Para qué vamos á rechazarlos?...

El hacerlo es un acto de soberbia: es como un desprecio de la Divina gracia.

Se hizo un instante de silencio y de meditación.

El viejo Almanzur adivinó sobre el rostro de sus huéspedes el vago estupor que sus palabras habían producido.

El joven embalsamador, después de una pausa, había recobrado la serenidad de su alma, perdido en unos instantes de arrebato, y clavando la profundidad de sus ojos en los cielos extáticos de los del viejo, murmuró con la voz un poco punzante de ironía:

—Busca, con la sabiduría de tu experiencia, algún remedio contra esos maleficios.

Y una sonrisa casi infantil embelleció el rudo

semblante del embalsamador, haciendo relucir, entre la enmarañada negrura de sus barbas, la nítida y sana blancura de sus dientes de lobo joven.

El viejo Almanzur, mortificado por la burla que exhalaban aquellas palabras, repuso gravemente, con un acento firme y reposado que con-

trastaba con la caducidad temblona de su cuerpo apesadumbrado por tantos y tantos años de luchar fieramente con la vida:

—Tú conservas aún intactos los dientes, y por eso, me dices á mí, que apenas si puedo masticar con las encías desnudas, que busque el remedio en la experiencia que me han dado tantas y tantas amarguras como han pasado por mi alma...

Pues, bien: lo he buscado y espero encontrarle. Si falla esta segunda tentativa próxima á realizarse, a qué que aún conserve intactos y blancos los dientes, no podrá burlarse de

quien los ha perdido por las vicisitudes de su larga edad.

Calló de nuevo el viejo, y hubo otra larga pausa, durante la cual todos los semblantes se inclinaron en una actitud meditativa y angustiosa.

Y como le pareciera á Almanzur que sus palabras habían vibrado aquella vez bajo el lino hospitalario de su tienda, con un acento demasiado agrio de reconvención para sus huéspedes, consecuente con los deberes que la hospitalidad y su amor le imponían, ofreció al mercader y los em-



MARVA DEL RAINO

balsamadores, sobre escudillas de madera cubiertas con ramas frescas de palmas, los más azucarados dátiles y los más sabrosos higos que se producían en fértil oasis que verdeaba, al sol, en medio de las calcinadas arideces del desierto.

IX

Al fin, Almanzur, volvió a hablar, rompiendo el prolongado silencio que pesaba sobre la inquietud de todos:

—Durante siete lunas de meditaciones y de abstinencias, he procurado el remedio que ha de libertarnos, y hace ya cuatro que me fué rebelado.

—Confíanos tu secreto, Almanzur, que en el nombre santo de Dios, te ofrecemos no sólo oculartarlo en lo más profundo de nuestros corazones, sino ayudarte a poner en práctica el plan que tu experiencia haya madurado—dijo con acento de sincera emoción, el mercader, aproximándose al viejo, como para poder escuchar mejor sus palabras.

—Oídme, pues. ¿Qué medio encontraréis vosotros más apropiado para vencer el mal que nos aflige?...

Pensad. La Muerte cerrará un día los ojos fatales del califa Al-Motadid, mas para nuestra liberación, yo los apagaré antes de que la Muerte los cierre para siempre.

¿Qué medio creéis vosotros más conveniente y seguro?... Hablad, huéspedes míos.

El mercader contestó, con tono convencido:

• —En mis cofres guardo un estilete de hoja tan sutil como la lengua de las serpientes, y tan firme y rígida como la voluntad de los faquires.

El joven y rudo embalsamador, añadió, á su vez:

—En el sepulcro de una princesa de Tebas me he encontrado una aguja tan fina como un caballo, y tan fuerte, que sería capaz de atravesar los huesos. Yo te la ofrezco para que libertes con ella á nuestro pueblo del maleficio de esos ojos siniestros.

Una leve sonrisa hizo una mueca burlona en los labios desdentados del anciano Almanzur. Después respondió:

—Execro todos los medios que me sugiere vuestra imaginación. Recordad, que antes habéis condenado severamente toda tentativa criminal. Vuestros intenciones encierran un fondo de criminali-

dad, y sois por ellas, de cierto modo, culpables de los más rigurosos castigos.

Mientras hablabais encomiando vuestro estilete y vuestra aguja, vuestros pensamientos, acereados y sutiles como las hojas de las armas que loabais, yo los veía hundirse en las negras pupilas del Califa, con toda la crueldad de quien satisface una venganza.

¿Quién de nosotros es menos culpable?

—Aquel que sabe pedir al Señor por esos ojos malditos—dijo el más viejo de los embalsamadores, que hasta entonces había permanecido en silencio, con la frente reclinada entre las manos, en un ángulo de la tienda.

—Sabia respuesta la tuya, digna de los labios de un verdadero creyente!—afirmó con un gesto sacerdotal Almanzur.

Yo he pedido eso mismo que tú acabas de decirme, y después de tantas lunas de mortificación y de plegaria, el Señor ha venido en mi ayuda, y en una noche de austera abstinencia, el Arcángel me ha revelado el secreto!...

—¡Confíanos tu secreto!—invocaron los huéspedes, formando un corro de ansiedad en torno de Almanzur.

—Madurado ha sido el consejo del Arcángel, como un fruto, sobre el árbol de la Meditación.

Os lo voy á descubrir:

“Apagaré el fulgor inicuo de los ojos del Mal con la sencillez de la Inocencia”.

Encontré el consejo, lo puse en práctica con ánimo sereno, y hace ya varias lunas que espero que la Omnipotencia y la justicia del Señor cumplan nuestra liberación.

—¡Bendigamos al Señor! — balbucearon los huéspedes, cayendo de rodillas y doblando las frentes hasta rozar el suelo, en una religiosa exaltación de fervor.

X

La pequeña esclava que sucedió al adolescente Ali en el cargo más de confianza de los servidores del califa Al-Motadid, se llamaba Zoraida.

Era esbelta y ágil como el tallo de un lirio de Bensora, mansa como la indulgencia, devota como la llama de un altar, y casta como la nieve de las montañas del Líbano.

Se llamaba Zoraida, mas su sencillez y su ingenuidad eran tales, de tal modo reconfortaban



el espíritu y destruían las preocupaciones que hacen arrugar el ceño, que todos la apellidaban *Frescura del corazón*.

Antes de que el califa la acogiese á sus servicios familiares, había sido instruida por el anciano Almanzur en todos los sagrados preceptos de la ley de Dios.

Al partir hacia el Alcázar, Almanzur la hizo sentar á su lado en un rico almohadón de seda turquí bordado en perlas, y le dijo paternalmente, acariciando la negrura suave y olorosa de sus trenzas de virgen:

—¡Oh, frescura del corazón!... El califa á quien desde hoy vas á servir, es bueno y puro como tú.

La bondad brilla en sus ojos, y tú debes mirarte confiadamente en el fondo de ellos, con toda la dócil claridad de los tuyos abiertos siempre á la Inocencia.

No cierres nunca tus hermosos párpados delante de él, como hacía tu antecesor Alí. Sostén su mirada... y que la gracia del Señor derrame todos sus dones sobre tu frente!...

Ignoraba Zoraida la potencia del Mal, y procu-

ró conservar siempre presentes en su memoria los últimos consejos de su protector Almanzur, amparo de su orfandad y único consuelo de su infancia.

Fué presentada á Al-Motadid por aquella célebre bordadora de Bagdad, cuyas manos habían sabido bordar sobre un velo más sutil que las alas de las libélulas, esmaltadas en los más vivos colores, las más bellas y santas máximas de las suras koránicas.

Antes de presentársela, la bordadora tuvo la cautela de encubrir el fresco semblante de la esclava con siete velos negros, queriendo evitar el peligro de que sintiese como todos, el maléfico influjo de los ojos fatales.

Instruida también por Almanzur, dijo á Al-Motadid, al presentarle la esclava:

—Aquí tienes, Emir de todas las luces, á la pequeña y dulce Zoraida, que el Profeta te manda, y que es frescura del corazón y encanto del espíritu. Ella, acompañada de la guzla, te cantará la profecía, en la noche serena, cuando la Luna se eleva, como un escudo de plata enrojecida, sobre la cima de los cipreses, y los cirrus dispersos en

la indolencia del azul adquieren relieves y contornos metálicos.

Maravillado el califa ante aquellas palabras oídas ya en un tiempo remoto, cuando una famosa orinomante, á la cual él había llamado, las pronunció, trémula aún de espanto, como vaticinios de un espantoso sueño; palabras que se fueron más tarde borrando de su memoria en el rápido desenvolvimiento de tantos hechos y vicisitudes como habían atravesado su vida.

La fulminación siniestra de su mirada no tuvo poder suficiente para traspasar los siete velos negros con que la célebre bordadora de Bagdad había envuelto el puro y bello rostro de la esclava...

Al-Motadid sintió por vez primera el escalofrío del terror estremecer sus miembros, y sus dientes de felino, en una agitación de rabia irreprimible, mordieron hasta sangrar las rojas y carnosas pulpas de sus labios sensuales.

La Inocencia estaba delante de él, y le miraba dulcemente con sus grandes y claros ojos hechos de bondad y de ternura, como todas las cosas bellas y puras de la Creación.

Cuando la bordadora se alejó y el Califa se encontró solo con la esclava, sintió una sensación aguda, casi dolorosa, en lo más íntimo y escondido de sus entrañas, y con voz trémula en la que palpataba un álito de pavor, murmuró entre dientes:

—¿Por qué me miras?...

—Porque eres bueno, porque me han dicho que la bondad brilla como un astro en el cielo de tus nobles ojos—contestó ingenuamente la esclava, con una voz tan suave y fresca, que hacía pensar en la armonía lauda y fugitiva de los surtidores de plata desgranando sus perlas sobre el alabastro de las conchas, en el silencio lunático de los patios de maravillas, olorosos á arrayanes y á nardos de ensueño.

—No me mires en los ojos, Zoraida, porque te pueden hacer daño mis miradas.

—Yo no sufriré daño alguno. Yo no temo el fulgor de tus ojos. Mi corazón sensible y puro como un velo á quien aún no agitó ningún viento, es capaz de suavizar, de amansar aún al propio corazón de las fieras...

Y la voz de la esclava difundía sonidos de una dulzura indecible: era como una guzla viviente que desfalleciese del más puro amor entre los dedos de claridad y de milagro de un Arcángel.

El Califa insistió, con acento duro y áspero:

—¿Te exijo que no me mires!

Frescura del corazón no se arredró, y sin dejar de mirarle, prosiguió, ingenuamente, sin temores, con ese valor heroico y pasivo de los niños que no se dan cuenta de los peligros que les amenazan, y que les hace cruzar por el borde de los precipicios con una sonrisa en los labios y una canción de pájaros en la garganta:

—Mas, dime, Emir de todas las luces, ¿si tu alma saliese de la cárcel de tu cuerpo, y se alzase delante de tí y te mirase, podrías tú impedírselo?...

Una cólera satánica mordió como una víbora hambrienta el corazón del Califa y un estremeci-

miento convulsivo de ira contrajo sus músculos, tensos ya para el empuje mortal, para el salto felino sobre la presa.

Con voz ronca exclamó:

—¿Mas tú no eres mi alma!...

—¿No podré ser entonces el recuerdo de tu alma?... Todos vivimos una vez en la inocencia...

El Emir de todas las luces sintió que el vaticinio de la oniromanta lejana se agitaba ya en torno de él, próximo á cumplirse, rozando con sus alas membranosas y frías de murciélago, la desnudez de su cuerpo, á pesar del amplio albornoz de seda negra que con sus siete velos impenetrables como siete terribles misterios, lo envolvía de los pies á la cabeza.

Y se alejó confuso y sobrecogido, á encerrarse en el interior de su cámara, mientras la esclava arrancaba, en la blancura marmórea de la terraza, á las sonoras cuerdas de la guzla, los primeros compases de una canción nómada y eterna como el Amor y la Vida.

Ni el potro más ligero, ni el más veloz navio, podrán arrebatarte, Amor, del amor mío...

Te seguirá mi nave rápida, como un ave marina... Desplegadas las velas; los remeros, mientras las brisas cálidas hinchan los masteleros,

curvados al esfuerzo, de relieve las duras y bronceadas líneas de sus musculaturas... Te seguirá mi nave sobre el azul sereno, ó bajo el trepidante repercutir del trueno.

Y abordará la tuya, por fin, y desmayada de amor entre mis brazos, como una desposada, te llevaré á mi cámara engalanada toda con flores y perfumes como para una boda.

Te seguirá mi potro en las noches oscuras ó bajo un sol de llamas, por montes y llanuras.

Las lentas caravanas que cruzan el camino le verán alejarse, igual que un torbellino, espantando el rebaño que paca en las praderas y haciendo aullar de rabia á las insomnes fieras.

Y alcanzaré á tu potro, y abrazada á mi cuello, llameante como una antorcha tu cabello destrenzado á la noche, te llevaré á mi tienda que á la luna blanquea al final de la senda, en el oasis verde todo lleno de flores donde entonan un salmo nupcial los ruiseñores.

XI

El califa Al-Motadid languidecía por momentos. Su rostro se iba demacrando, y sus espaldas.

anchas y fuertes como las de un cíclope, se rendían bajo el peso de una angustia infinita...

Ni las danzas de las bayaderas llegadas para distraerle de los remotos países de la India; ni los cantos de las bellas hijas de la Circasia; ni las fastuosas cacerías en los bosques fragantes de alcanfor y de canela, nada lograba desarrugar la negra contracción de sus cejas, que siniestramente tendían sobre la desolación de su rostro sus arcos de sombra.

Las noches insomnes trabajaban su alma, mirando y corroyendo su naturaleza, gastada ya por el vicio y los placeres.

Sus ojos contemplaban constantemente, entre las sombras, fantasmas espectrales, fantasmas sangrientos de culpas irredimidas, que se daban cita en torno de su lecho de sedas, aromas y perlas, y se inclinaban, en gestos irónicos sobre su corazón para oír sus latidos, como si aquel corazón monstruoso fuese capaz de sentir palpitaciones humanas.

La esclava Zoraida balbuceaba, con su clara voz infantil, plegada á la obscuridad como al amparo de un manto:

—Al-Motadid, si cierras los párpados contemplarás los mismos fantasmas en la sombra.

—Frescura del corazón, no hables. Un día escuché una voz igual que la tuya, y tuve que extinguirla para siempre en el silencio.

—Apagarla debías, pero ya es tarde.

—Frescura del corazón, si las raíces se secan, el árbol no dará jamás frutos nuevos.

Al-Motadid se retorció desesperadamente en su lecho de aromas, invocando la claridad viva y fragante del alba.

Mas al levantarse y salir á la maravilla de sus salones no podía arrojar de su mente los temores nocturnos, y un desasosiego tenaz y violento le hacía rechazar las ricas y sabrosas viandas que en anchos platos de oro le ofrecían sus siervos.

Delante de la joven esclava le invadía un sutil delirio, le asaltaba una intensa fiebre que á veces le parecía el calor de un remordimiento; le destrozaba un agudo tormento que él sentía morderle en lo más hondo del corazón como una expiación que empieza á cumplirse.

Muchas veces en el día murmuraba suplicante á la esclava:

—No me mires más, Zoraida, porque tu mirada me vence. Tú eres como el agua pura de una fuente: reflejas las nubes, el azul sereno, las tinieblas y las estrellas.

—¡No me mires más: no me mires más!...

—¿Qué has hecho de mi antecesor, el adolescente Ali?

Al-Motadid, ante lo imprevisto de aquella pregunta sintió como si de repente, con dos martillos de fuego le triturasen las sienas.

—¿Qué ha sido de Ali?—insistió, con una tenacidad inconcebible la voz de la esclava.

—¡Frescura del corazón, traeme el espejo!—suplicó el Califa.

La esclava obedeció, y con sus pequeñas manos puras colocó, delante del rostro de Al-Motadid, el rico espejo ovalado de marfil y plata.

—Tú ahora te ves por primera vez—dijo Zoraida,—porque antes nunca te habías contemplado tal como eres.

En un salvaje ímpetu de ira, el Califa cifó con sus manos bellas y duras el frágil cuello de Frescura del corazón, y la habría ahogado entre ellas, si los grandes ojos buenos de la esclava no se hubiesen, por misteriosa transmigración, encendido del mismo fuego cruel y dominador que ardía en las miradas de Al-Motadid.

—Tú eres como la fuente, que en su transparente pureza refleja el vuelo cándido de las palomas y el negro vuelo de los murciélagos.

—Yo no soy como Ali, que temblaba de miedo como un perro, ante tus amenazas. Ya lo has visto. He sentido crujir mi garganta entre tus manos, y no he lanzado un grito... Ya oyes mis palabras; todas ellas tienen la dulzura de una guzla tañida por un arcángel.

Y el Califa, por primera vez, se cerró los ojos con la palma de sus manos, y maldijo, desde lo más profundo de su alma, desde lo más recóndito de su ser, el imperio negro y desolador de sus ojos de infierno, de aquellas dos cavernas negras donde se habían refugiado los dos espíritus más crueles del Mal.



XII

Hacia ya siete lunas que Zoraida estaba al servicio del Califa.

La última noche, mientras la Luna se elevaba, como un escudo de plata enrojecida sobre la colina de los cipreses, y los cirrus dispersos en la indolencia del azul, iban adquiriendo nítidos contornos metálicos, la esclava, silenciosa, seguía en la blanca terraza de mármol con sus ojos grandes y claros de virgen, la inquietud frenética de las pupilas de Al-Motadid.

Las rosas postreras de la estación de las siembras tomaban bajo las palideces del luar vivientes tonalidades de rojos terciopelos, abriendo sus cálices como extrañas copas desbordantes de sangre.

Las fragantes campanillas, á cuyos cálices hechos de fragilidad y de ensueño, llaman los poetas "álitos de Luna en flor", se estremecían, á la mística evocación de la luz, como maravillosas y encantadas florescencias de madreperlas.

Al-Motadid, después de haber explorado con profunda inquietud el cielo, interrogó á la esclava:

—Dime, dime, ¿por qué estas rosas son tan rojas?

—Al-Motadid, la tierra convierte en rosas la sangre de las víctimas!

El Califa suspiró, pasándose la mano por los párpados.

—Dime, dime, ¿por qué tienen alburas de madreperlas estas campanillas tan blancas?

—Al-Motadid, el cielo coloca la aureola sobre la pura frente del candor!...

El Califa volvió á suspirar más tristemente, y otra vez sus manos tornaron á sujetar los párpados, como para contener algo que estaba próximo á escaparse por ellos.

En la serenidad del aire nocturno llegaban las lejanas canciones de los camelleros, rimadas á compás del tambor, derramando en la paz de la terraza el encanto puro y místico de los versículos del Profeta:

"Los párpados del inicuo son polvo y ceniza, lo cual le impide mirar rectamente.

"Sus cejas son curvas como las grandes espadas y como el hierro templado de las lanzas fraticidas.

"Y sus ojos no pueden soportar la luz porque son hechos de eclipses.

"¡ Señor, Señor, haz que los ojos del justo vean siempre el camino de la Inocencia!"

El Califa oía con terror el místico y melancólico canto de los camelleros, rimado á los sonos graves y acompasados de los tambores lejanos, y las voces y los ritmos se iban lentamente clavando en su alma como saetas envenenadas disparadas en el silencio por la mano certera de invisibles arqueros.

Suspiró y volvió á suspirar, pasando y repasando la mano por los párpados, y de pronto, asaltado por un pavor inaudito, comenzó á gemir:

—Zoraida, dime, dime, ¿en qué profundo abismo ha caído la Luna, que ya no la veo?...

Zoraida, dime, dime, ¿qué tempestad nos ha obscurecido repentinamente?...

Y Al-Motadid, con los brazos tendidos, palpando el aire, andaba á tientas, perdiéndose en su profunda noche sin esperanza:

—¡ Zoraida, Frescura del corazón, guíame!

La esclava, que ya había descendido de la terraza y galopaba en un fogoso potro hacia la tienda de Almanzur, le gritó desde la obscuridad de la noche:

—¡ Es demasiado tarde, Al-Motadid!

Y el Califa quedóse inmóvil, con los brazos tendidos en la sombra, sin que las palabras pudieran salir, en el atropello de su delirio, por la abertura sangrienta de sus labios sensuales.

XIII

...—Ya encontré el remedio, y esperó en esta noche, que se cumplen las siete lunas, que el Señor trueque en realidad la promesa que por boca de un arcángel me hiciera, en aquella velada de oración y de abstinencia, librando á nuestra tierra del maléfico influjo de los ojos del Califa.

—Demos gracias á Dios—balbucearon los huéspedes.

Estaban todos con la frente postrada en la tierra, absortos en sus plegarias, cuando oyeron el galopar frenético de un caballo que se acercaba cada vez más hacia la tienda, y la voz fresca y pura de la esclava Zoraida, que les gritaba como en un concierto de notas argentinas, una promesa de esperanza:

—¡ Glorifiquemos al Señor, el Califa Al-Motadid se ha quedado ciego!

Y un júbilo inaudito estremeció todos los corazones, y todas las pupilas sintieron, como un rocío del cielo, la frescura del llanto. Y hasta las golondrinas, derramando en aquel silencio

de gratitud su alegría sonora y fresca de cristal, alzaron el vuelo, y mensajeras de la felicidad nueva, partieron á llevar por todos los ámbitos del Califato, la gloriosa noticia, la bienhechora consolación que había de hacer florecer, en una nueva primavera de flores y frutos, las tierras estériles y las almas marchitas...

¡Glorificado sea el nombre del Señor, que pone en manos de la Inocencia la liberación de todo sufrimiento, y la expiación de todo crimen!

Ella, con sus plantas de niña, puras é inmunes de todo barro mezquino, sabe aplastar la monstruosa cabeza de la serpiente del Mal, transformando su veneno ponzoñoso en oro y dulzuras de miel y en virtud maravillosa y vivificante de bálsamo!...

Los ojos claros y suaves, tersos é immaculados de la Inocencia, son los espejos de la Vida... En ellos hay como un reflejo de la inmensidad y de la misericordia divinas!

FIN

Francisco Villaesposa.

El viernes 26 se publicará

UN HOMBRE TERRIBLE

Novela original de EMILIO CARRERE

B. Dip. Almería

AL-821-VIL-pup



1000815

1000815-

IMPRESA DE "ALREDEDOR DEL MUNDO"

:: :: :: FERRAZ, 82, MADRID :: ::

5